

¿Qué se esconde tras la fachada del PRI?

Es ésta una reflexión acerca de lo que ocurre en México. Es posible que el presidente electo gracias a un gran fraude tome posesión de su cargo, el 1 de diciembre, en medio de una enorme tensión y descontento popular. En estas páginas se intenta caracterizar al Estado mexicano y se echa un vistazo a sus orígenes. También se ofrece una explicación de los recientes asesinatos de personajes de la política nacional. Y, finalmente, se menciona lo más importante: lo que está frente al PRI: la contestación del pueblo. En todo caso, se hace énfasis en el férreo control de los medios informativos sobre México, que han venido ocultando lo que ocurre dentro de sus fronteras.

Rosa Campo *

¿Quién manda en México?

EN el papel:

«Es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una República representativa, democrática, federal...» (artículo 40 de la Constitución).

* Especialista en Historia Contemporánea de México. Madrid.

«El Supremo Poder de la Federación se divide, para su ejercicio, en Legislativo, Ejecutivo y Judicial. No podrán reunirse dos o más de estos poderes en una sola persona o corporación...» (artículo 49 de la Constitución).

En la realidad:

Como elementos esenciales para definir el sistema político mexicano hay que considerar que las características esenciales del gobierno mexicano son las siguientes: presidencialista, centralista, despótico y dictatorial, que se renueva cada seis años, a través del PRI, su brazo político. Y es una nación dependiente e intervenida desde la metrópoli.

Cada presidente goza de un poder ilimitado. Del presidente se dice que representa la tradición prehispánica del gran *tlatoani*, emperador y deidad, centro del universo. Y, naturalmente está en el vértice de la pirámide del poder político en México. Cuando José López Portillo, presidente de 1976 a 1982, contaba sus impresiones al ser ungido candidato del PRI a la presidencia, decía: «Gente, gente, gente que llegaba entusiasta y vociferante a verme, a tocarme, a que los viera, a sonreírme... Empezaba esa especie de sacralización que unge en México al poder y al que lo hace carne».

Es centralista, pues a pesar de que los gobernadores de los estados (provincias) son verdaderos reyes, estos deben obediencia ciega al presidente, a quien tienen que agradecer el privilegio de su gubernatura. Al respecto, el mismo López Portillo decía: «... sobre las próximas gubernaturas: Nuevo León, San Luis Potosí, Guanajuato, Sonora, Campeche, Colima y Querétaro, ya dibujamos los precandidatos...». Y es que el federalismo no es sino el reconocimiento de la existencia de reinos en donde los señores hacen y deshacen a voluntad.

El gobierno mexicano es despótico, desde la más alta figura hasta los mandos de base. La decisión de la autoridad no se discute ni cuestiona: es ley por encima de la ley. La ley es palabra muerta ante la palabra de la autoridad. El mismo López Portillo, decía de su actividad legislativa: «Se reformaron los artículos 29, 90 y 92 constitucionales, con objeto de aclarar que el Consejo de Ministros no es otra cosa que el conjunto de Secretarios de Estado encabezados por el Presidente de la República». No hay ley que resista la práctica de la autoridad. No existe ningún vínculo entre la ley y la realidad.

El gobierno de México es dictatorial, equiparable a las dictaduras militares que asolaron —y aún lo hacen— a varios pueblos de América

Latina. Miguel Concha Malo, autor de un estudio sobre la violación de los derechos humanos hacia la reflexión siguiente sobre la práctica de la tortura en México: «La tortura vil, institucionalizada, como método de investigación. Algo que aterra. Y no es Argentina. Ni Chile. Ni Uruguay. Es México... (1).

Así el gobierno mexicano tiene en su mano dos instrumentos que utiliza a discreción, la corrupción y la represión, y diversos mecanismos de control, entre los que destacan los procesos electorales.

Cada seis años (sexenio) se renueva la presidencia. La candidatura a la presidencia la decide el presidente en turno, que elige para que le suceda a «su hijo muy amado, en quien tenga todas sus complacencias». El multicitado López Portillo relata cuando, siendo él ministro de Hacienda, el presidente Echeverría le notificó que sería su sucesor. Este lo llamó y le dijo: «Señor Licenciado López Portillo, «el partido» me ha encomendado preguntarle si aceptaría usted la responsabilidad de todo esto —y con un gesto envolvió el ámbito del Poder Ejecutivo, concentrado ahí, en el despacho...». Al acceder, sin alternativa por supuesto, López Portillo, Echeverría le exigió secreto, pues seguramente la decisión estaba entonces sólo en su cabeza: «Bien. Entonces, prepárese usted, pero no se lo diga a nadie, ni a su esposa ni a sus hijos...».

Esta situación sólo una vez ha dejado de cumplirse: después de la matanza de estudiantes de Tlaltelolco, en 1968, el presidente Díaz Ordaz se vio forzado —y posteriormente se arrepintió— a designar como su sucesor a una de las más siniestras figuras de la política mexicana, Luis Echeverría Álvarez, de quien nos ocuparemos más adelante.

Nada en México pasa sin que se note la influencia de los Estados Unidos de América (y, en consecuencia, del FMI, del Banco Mundial, del BID, del GATT y del recientemente suscrito TLC o NAFTA) del que depende estructuralmente o sea: amplia y profundamente.

Ahora bien, volviendo al tema de la corrupción, se puede decir que es el verdadero lubricante del motor del sistema. Tanto, que ha llegado a empapar todas las instancias de la vida en el país. La corrupción en México es proverbial. La cometen todos, desde el policía de la esquina hasta el Ministro de Estado. Sin la corrupción nada podría funcionar en México.

(1) (Cfr. Concha Malo, Miguel: «Violación de los derechos humanos en México 1971-1986, en González Casanova, Pablo, et al. Primer informe sobre la democracia en México. Ed. Siglo XXI, México, 1988).

El segundo instrumento que hay que mencionar, y tanto o más eficaz que el primero, es la represión. En México la represión siempre ha existido. Y ha existido en sus formas más diversas.

Para mencionar algunas de sus formas: existe la represión masiva, pues se ha llegado a masacrar poblados enteros en operaciones militares; selectiva, a través de la policía sin uniforme, la policía judicial federal, verdaderos «escuadrones de la muerte»; tradicional, reprimiendo manifestaciones legítimas del pueblo; moderna, con los más avanzados instrumentos militares y armas químicas y bacteriológicas; brutal, sin distinción de edades ni condiciones, como los empalamientos a ancianos indígenas del sureste de Chiapas; sofisticada, con técnicas antaño únicamente atribuidas a los nazis; abierta, expresada como método para amedrentar; sutil, de forma que un asesinato pueda parecer un accidente de carretera, etc.

Miguel Concha Malo, en su estudio —antes mencionado— sobre violaciones a los derechos humanos entre 1971 y 1986 sobre las que informaron los medios impresos, detectó un millar de ejecuciones arbitrarias, 260 secuestros, 174 detenciones y desapariciones. La mayoría de las víctimas eran campesinos, estudiantes y obreros.

No hay defensa posible ante la represión en México. Ni siquiera la pasividad, que en un régimen dictatorial puede confundirse con resistencia pasiva; ni el silencio, acostumbrada como está la gente a que su voz la guíe el miedo; ni la huida, porque son mayoría los que no pueden marcharse, aunque muchos han encontrado en ella la única forma de salvar la vida. Existen numerosos asilados y exiliados, refugiados, huidos y autoexiliados en varios países, principalmente en Canadá, país que en los últimos tres años, había recibido 397 solicitudes de asilo de parte de mexicanos perseguidos políticos, y 54 habían sido aceptados (revista mexicana «Proceso» de 18 de enero de 1993). La represión en México es omnipresente.

¿Quién se esconde en el PRI?

EN México, el partido político que actualmente se denomina Partido Revolucionario Institucional es el brazo político del gobierno mexicano, el órgano de la política del Estado. Formalmente proporciona una legitimación de los postulados democráticos:

es un partido político, parece representar la intención democrática, pero en realidad mediante el PRI se hace inútil el golpe de Estado, o el derrocamiento, ya que proporciona una renovación constante de la dictadura. Es una corporación de grupos de poder y un mecanismo para cooptar líderes naturales de sectores populares.

En México, específicamente, no es un error equiparar el Estado con el PRI, ya que no es una organización homogénea, sino una suerte de alianza entre grupos y factores de poder del más diverso signo ideológico. No se puede hablar de una ideología priísta: no existe.

Dentro del partido conviven todos: los grupos de políticos a la vieja usanza; los *yuppies* formados en las universidades e institutos más elitistas de los Estados Unidos y Europa, en especial, Gran Bretaña; los narcotraficantes internacionales y sus compinches; los militares más retardarios; los populistas y demagogos; los tercermundistas y no alineados; los pocos que se la juegan por mantenerse limpios; los que no les importa quedarse con alguno que otro milloncito; los pobrecitos lidercillos de barrio que quieren ascender con ayuda del compadre; los líderes campesinos que lo son a fuerza de pistola; los «acarreados», a los que se les paga con bocadillo y refresco para ir a las concentraciones masivas; los oportunistas; los..., y los... ¡Todo dios!

Dentro del PRI, desde el punto de vista de la organización están: los ejecutivos, que son los responsables de la eficacia práctica de la corporación; los benefactores, que son los que proporcionan todo tipo de recursos financieros, etc., para el buen funcionamiento de la corporación; las vacas sagradas, habitualmente reliquias históricas cuya voz es oráculo o no; los intermedios, verdaderos artífices del sostenimiento del partido, los «pringados» del trabajo político, que son los diputados, y los dirigentes de grupos populares, los que van de barrio en barrio reclutando gente con cualidades de mando, apañando y manipulando, haciendo el trabajo sucio, etc.; los «grillos» que son los parásitos de la corporación, ya que no hacen nada pero abultan en votos y cuotas; y la base, los «acarreados», los obligados, los pobrecitos que si no van los maltratan. Después, nadie.

La tradición histórica de asesinar

EL Estado mexicano tiene su origen a principios de siglo, cuando la revolución popular consiguió hacer huir al

dictador Porfirio Díaz, el hombre que abrió las puertas de México al capital estadounidense.

Al marcharse éste a Francia, Francisco I. Madero, espiritista practicante y miembro de una familia acaudalada, se convierte en protagonista al ocupar la primera presidencia revolucionaria de México y mantiene en su gabinete a miembros del porfiriato: uno de ellos le traiciona y, tras un golpe de Estado en 1913, lo manda matar.

Así se iniciaba una serie de asesinatos de los personajes más célebres de la lucha armada: Emiliano Zapata fue asesinado en 1919 en una emboscada en el estado de Morelos, por un militar cercano al presidente Carranza. Este fue asesinado en 1920 en una emboscada en la carretera. Ricardo Flores Magón, un lúcido periodista e ideólogo de la revolución, fue asesinado en 1922 en una cárcel de Estados Unidos. Pancho Villa fue asesinado también en una emboscada, en 1923, al negarse a construir un poder político parecido al porfirista; Alvaro Obregón, cacique importante y presidente reelecto de México, fue asesinado en 1928 por un oscuro asesino.

La guerra de facciones, que había ocurrido desde el fin del período armado de la revolución, hacía de México un país ingobernable y nada atractivo para los capitales extranjeros, que se retiraron sin vacilación del escenario. Hasta que en 1929, el Partido Nacional Revolucionario, nombre con el que se creó el actual PRI, nació como producto de una decisión de gobierno, con el objetivo de integrar en una corporación a los principales grupos sociales y políticos de un estado incipiente, con el fin de pacificar al país y restaurar su economía.

Su creador, el presidente Plutarco Elías Calles, general revolucionario, llegó a convertirse en un verdadero caudillo. Su mandato, más conocido como el «Maximato», de 1924 a 1930, estableció las condiciones para una estabilidad política a base de corrupción y represión. Al final de su gobierno, Elías Calles convocó a los «sectores sociales para formar el Partido Nacional Revolucionario, antecesor del actual PRI».

En su seno quedaron integradas las agrupaciones mayoritarias de obreros y campesinos, y los militares, con lo cual quedó zanjada la guerra entre caudillos.

Plutarco Elías Calles, experto en el manejo político de gabinete, engendró la idea de que una presidencia fuerte, apoyada por un sólido aparato paraestatal podría dar la estabilidad política a un país con una economía de posguerra, desmantelada y dependiente del capital extranje-

ro, en el que los intereses populares se manifestaban con violencia y cuya respuesta no tenía cabida.

Elías Calles consiguió lo que ningún otro caudillo antes que él: limpiar la escena de hombres fuertes —entre ellos su amigo y aliado Alvaro Obregón— e iniciar una centralización del poder en una institución indiscutible: la presidencia de la República.

En aquel entonces, la voz popular adivinaba con sapiencia lo que existía tras uno de los más célebres asesinatos del siglo XX en México. La adivinanza era: «¿Quién mató a Obregón?...». Y la respuesta: «¡Cálles-e y Pórtés-e bien!» En ella se hacía clara alusión a Elías Calles y a su sucesor en la presidencia: Emilio Portes Gil, un títere de Elías Calles. Era el secreto a voces que instalaba de una vez y para siempre un estilo de hacer las cosas: discurso revolucionario, por un lado y por el otro, alianza y secreto, asesinato y represión.

En 1968, tuvo lugar un movimiento estudiantil que en un principio se refería a cuestiones meramente escolares y adquirió unas dimensiones gigantescas debido a la represión brutal que ejerció el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz —quien después fue el primer embajador de México en España tras la reanudación de relaciones diplomáticas, rotas durante el franquismo. El 2 de octubre de ese año, en la plaza de un bloque de viviendas, llamado Tlaltelolco, el ejército masacró a miles de estudiantes indefensos que se manifestaban contra el gobierno. La explicación ofrecida por el gobierno ante la imposibilidad de ocultarlo (Oriana Fallacci y otros periodistas extranjeros estaban en México, para cubrir las olimpiadas y dieron la información sobre el asesinato masivo) fue que los estudiantes estaban infiltrados por agentes extranjeros que planeaban una conspiración internacional contra México: se optó por matar a miles de adolescentes. Es una explicación absurda. Como absurdo es que se recurra a ella cada vez que se reprime al pueblo.

El entonces presidente de México asumió públicamente la responsabilidad histórica de la matanza de Tlaltelolco. Pero en aquel entonces, un funcionario que ocupaba el Ministerio del Interior fue quien dio la orden de disparar contra los estudiantes: Luis Echeverría Álvarez, a la sazón sucesor de Díaz Ordaz en la presidencia de México.

Y es Echeverría el responsable de la época más oscura de México. De 1970 a 1976, él encabezó el gobierno que puede calificarse como un verdadero estado de terror. Externamente, Echeverría se erigió en defensor de los pueblos tercermundistas e integró a México en el Movimiento

de los No-Alineados de cara al escenario mundial. Dentro del territorio nacional, miles de campesinos, estudiantes, trabajadores, disidentes políticos y guerrilleros eran asesinados.

Es posible que actualmente se desconozca que durante el régimen de Echeverría, en México existía un movimiento guerrillero en la Sierra Madre Occidental. Sus cabezas visibles, Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas, habían elegido el camino de las armas, con el apoyo de los campesinos de la zona, como tantos otros en América Latina. Además, como consecuencia de los acontecimientos del 68, numerosos universitarios habían formado una guerrilla urbana en las principales ciudades del país.

Para Echeverría era un grave problema. Suponía un dilema acabar de golpe con la guerrilla, pues la subversión era vista con simpatía por los mexicanos. Además necesitaba apoyo tecnológico de los Estados Unidos. En la costa noroccidental, sin embargo, se podía advertir la solución: existía un grupo de ricos agricultores que se dedicaban a prósperos cultivos que se exportaban a Estados Unidos: marihuana y amapola. Eran gente de armas y controlaban eficazmente la región.

La solución consistió en que los organismos policiales mexicanos solicitaron apoyo a sus homólogos estadounidenses para luchar contra el narcotráfico. La DEA —dependencia antidroga de EUA— obtuvo todo tipo de facilidades para inspeccionar el territorio nacional, con artefactos de alta tecnología, en busca de narcocultivos y narcotraficantes, abriendo paso al ejército mexicano. Con el resultado «casual» de que muchos campesinos en la zona fueron muertos mientras que, por el otro lado, no sólo no se acabó el narcotráfico sino que incluso floreció y aumentó.

Otra tradición: el fraude electoral

A partir de la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), en 1929, nadie que no pertenezca a dicha corporación ha conseguido ganar una votación presidencial. Es decir, el partido, y los demás partidos que debieron formarse a su alrededor, dieron la ficción de democracia para fortalecer un sistema unipartidista totalitario. En México nunca ha habido elecciones democráticas, pero nunca ha dejado de haber elecciones. Dicho de otra manera, el PRI nunca

ha perdido unas elecciones, pero en México nunca se ha dejado de convocar elecciones.

¿Cómo lo consigue?... La misma cuestión se han planteado numerosos estudiosos del sistema político mexicano y las respuestas que se han dado son tan diversas como diversos los enfoques. No puede haber una respuesta unívoca. Es una pregunta de innumerables respuestas.

Por una parte, a lo largo de 65 años de funcionamiento como órgano político del gobierno mexicano, el PRI ha adquirido una eficacia sin parangón.

Su éxito se debe, desde arriba, a que forma parte, claro está, del propio gobierno y al apoyo de los grupos empresariales. Desde fuera, a los intereses económicos y políticos de Estados Unidos, con los que México comparte, además 3.000 kilómetros de frontera. A todos les preocupa mantener quieto a un pueblo de 90 millones de habitantes empobrecidos y desesperados.

Desde abajo, el éxito del PRI se explica en términos de temor y conveniencia, a la vez. Temor al PRI, que es equivalente al temor a Dios, con la diferencia de que el partido efectivamente priva del trabajo, de la libertad y de la vida a quien disiente o niega su apoyo, sea sólo verbal o electoral.

Conveniencia, porque la corrupción y el nepotismo son el motor que ha hecho funcionar sin parar al mecanismo del brazo político del gobierno. Infinidad de favores se habrán hecho para conseguir votos y otros trabajos sucios. Infinidad de esperanzas de miserables estarán puestas en el favorcito que hará el pariente o el compadre «que está en el PRI y que es influente». Infinidad de esperanzas jamás cumplidas, naturalmente, pues en el PRI pocos se favorecen de verdad.

Entre esos pocos están, por supuesto, los caciques que, a veces, son también gobernadores. Estos caciques, con la mentalidad más retardataria, son los latifundistas que mediante sus sanguinarias «guardias blancas» controlan que «las elecciones se celebren con normalidad». Son los ejecutores del terror. Estos caciques, en general, son suficientemente poderosos para actuar por su cuenta. Son serviles hacia el poder a la vez que déspotas y crueles hacia la población. Son sectores que obran incontroladamente y que por lo general van más allá de la represión institucional. Tienen recursos económicos y un poder político territorial enorme. Son los nuevos señores feudales. A ellos se deben en gran medida los fraudes electorales.

En agosto de 1994, la opinión pública mundial se ha visto escandalizada por toda la serie de trucos y artilugios que existen en México para cometer fraude electoral: pucherazos; robos de urnas; voto múltiple de unos cuantos electores parciales; amenazas previas; presiones en las mismas casillas; violación del secreto del sufragio; eliminación de los opositores del padrón electoral; dobles actas y listados de electores; cambios de domicilios electorales; electores no incluidos que votan en la casilla que quieren y varias veces; confusión de los procedimientos electorales; manipulación del censo electoral y de las actas comiciales por medio de ordenadores o por otros medios más artesanales como tachar nombres; tinta indeleble que se borra al lavarse las manos; tiroteos contra quienes denuncian el fraude; etc.

Las prácticas fraudulentas, efectuadas antes, durante y después de las elecciones, a la vista de todos, a pesar del seguimiento de observadores internacionales, bajo vigilancia militar y policial, ante los medios masivos de información, son habituales en México. Puede decirse que todas estas prácticas fraudulentas son connaturales a los procesos comiciales en México. La diferencia, durante las últimas elecciones presidenciales, en 1994, fue que la opinión pública internacional tuvo acceso a la información sobre las elecciones. Los mexicanos fueron los primeros en sorprenderse de que la noticia del fraude trascendiera las fronteras. ¿Por qué, si antes ha venido ocurriendo, nunca se informó de ello? ¿Tendrá algo que ver la vecindad de Estados Unidos que, por otra parte, ejerce una enorme influencia sobre los medios masivos? Ciertamente a estos interesa la imagen de un México adormilado y pacífico. Por suerte, esta vez no ha sido así.

La historia se repite: más asesinatos

EL 23 de marzo de 1994, el candidato del PRI a la presidencia de la República y amigo cercanísimo del presidente, Luis Donaldo Colosio, cayó asesinado durante un acto de su campaña electoral en la ciudad de Tijuana. Hasta hace poco, un candidato a presidente era intocable: ¿dónde estaba la escolta?... Se capturó y se condenó al asesino, un personaje vulgar, matón a sueldo. Se conmovió la opinión pública en el país y fuera de él. Las autoridades anunciaron que se investigaría a fondo. Se formó una comisión. Continuaron las actuaciones. Un mes más tarde, fue asesinado José Federico Benítez, jefe de la policía de

Tijuana, demasiado interesado en esclarecer el homicidio de Colosio. Y nada más.

El 28 de septiembre de 1994, el secretario general del PRI y ex cuñado del presidente Salinas, Francisco Ruiz Massieu, cayó asesinado al salir de un desayuno de trabajo, en una de las principales calles de la ciudad de México. Se le consideraba intocable: ¿dónde estaba la escolta?... Se capturó al asesino, un personaje vulgar. Se anunció que se llegaría a fondo en las investigaciones y el matón a sueldo empezó a «tirar de la manta». En el asesinato están implicados algún diputado del PRI; un antiguo líder sindical petrolero, priísta; un ex gobernador del PRI y los grandes narcotraficantes del que ahora se conoce como el «cartel del Golfo», al que quizás pertenece otro ex gobernador del PRI que, hoy por hoy, posee una de las mayores fortunas del mundo. La opinión pública e internacional se conmovió. Las indagaciones aún no terminan. Algunos están ya en la cárcel, otros han huido. Todos los implicados son priístas influyentes y millonarios.

Pero la guerra a muerte no sólo ha ido contra los políticos. En mayo de 1993, el cardenal Posadas cayó asesinado a tiros por los narcotraficantes, al dirigirse al encuentro con el nuncio apostólico monseñor Prigione, que llegaba a la ciudad de Guadalajara. ¿Qué interés pueden tener los narcotraficantes para asesinar a un ministro de la Iglesia? ¿Y qué puede haber hablado el nuncio apostólico acerca del asesinato cardenalicio con los narcotraficantes, presumiblemente implicados en el asesinato, como para no querer revelar a los representantes del ministerio fiscal?

Se sabe algo, pero en el Estado mexicano no existe ningún interés en que se conozcan los entresijos del problema. Hay demasiados involucrados. Se advierte una guerra a muerte dentro del PRI, entre el sector más retardatario y los narcos a quienes interesa la inmovilidad, contra el sector modernizador y «tecnócrata», —del presidente Salinas de Gortari y su sucesor, Ernesto Zedillo—, que no ve bien una solución militar para el descontento popular, cada vez mayor.

Se advierte a las claras que el PRI se ha convertido en varios estados paralelos al gobierno formalmente constituido. Lo grave, gravísimo, es que el pueblo mexicano esté en sus manos.

También se advierte que el principal conocedor de todo ello está al Norte de México. Como principal interesado. Y, quizás también, como consumidor sin igual y distribuidor de narcóticos producidos en México.

Los Estados Unidos han estado siempre demasiado vinculados al devenir de México.

¿Quiénes están frente al PRI?

LO que ahora ocurre detrás del PRI no es novedoso y es producto de décadas de atropellos y abusos del poder. Lo interesante ahora es que, frente al PRI, se encuentra el pueblo.

Son décadas durante las cuales el pueblo se ha levantado mil veces contra el Estado. De hecho, no ha transcurrido ni un solo decenio en que no hubiese levantamientos populares, por todo el territorio mexicano.

Haciendo un recuento breve, sólo en la segunda mitad de este siglo, han tenido lugar los siguientes movimientos: en los cincuenta, de los ferrocarrileros y los maestros, en los sesenta de campesinos y estudiantes, en los setenta de campesinos, maestros, obreros; en los ochenta, de vecinos, de trabajadores petroleros, etc. La mayoría de éstos ha sido ignorada por el Estado. Otros, con menos suerte, han sido reprimidos brutalmente. Las reivindicaciones habitualmente se refieren a las necesidades básicas de subsistencia: alimentación, créditos para trabajar la tierra, agua para regar o para el consumo humano, sueldos dignos, condiciones humanas, etc.

En México, cualquier reivindicación de las necesidades esenciales se convierte en consigna política, las demandas por una existencia digna son subversivas y es terrorista el que se enfrenta a la represión.

La mayoría de los mexicanos vive mal y muere pronto. Unos pocos datos al respecto, sirven de muestra: En la actualidad, ni la clase media incluye la carne en su dieta, según informó recientemente la Comisión Pro Derecho a la Alimentación en México. Es una de las consecuencias del Tratado de Libre Comercio con Canadá y EUA. Otro dato: hace tres años, cuando el mundo entero se conmovía por la epidemia en Perú, el cólera arrasaba en secreto a la población mexicana. Y otro dato más: Amnistía Internacional y las Comisiones pro Derechos Humanos han venido denunciando, constantemente, todo tipo de violaciones a los derechos humanos individuales y colectivos, sin ninguna consecuencia. Muerte, miseria, dolor, son las circunstancias de la mayoría de los mexicanos. A principios de siglo, durante la dictadura porfirista ocurría lo mismo. La historia se repite.

Hace 85 años, el pueblo mexicano se levantó en armas contra el gobierno, para instaurar un régimen legal. En aquel entonces, los caudillos traicionaron y derrotaron al pueblo al hacerse con el poder.

Ahora, los más pobres, indígenas sin zapatos y casi desnudos, empuñan su desesperación y su rabia: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Van los primeros, por delante de otros muchos mexicanos. La rebelión se gesta por todo el país.

Después de diez años de preparación, el 1 de enero, los indígenas de Chiapas tomaron la población más importante de la región: San Cristóbal de las Casas, nombre que recuerda al defensor colonial de los indios. Tras duros enfrentamientos con el ejército, el gobierno de Salinas de Gortari propuso hablar y negociar con los indios. Ante la ausencia de una propuesta gubernamental clara y sin engaños, el consejo de los pueblos indígenas, a través del Comité del EZLN, rechazó las conversaciones.

Los zapatistas, empero, convocaron a una Convención Constituyente, para que los mexicanos indicaran un camino para plantear las reivindicaciones esenciales, sin recurrir a las armas. La Convención se celebró en la selva chiapaneca, dos semanas antes de las elecciones del 21 de agosto. Asistieron 6.000 (seis mil) delegados, entre organizaciones populares independientes, intelectuales, campesinos, trabajadores e indígenas de todas las regiones del país, etc.

En Chiapas, los zapatistas apoyaron a Amado Avendaño, candidato a gobernador del Partido Revolucionario Democrático —formado al escindirse del PRI un sector populista, cuyos líderes han sido totalmente rebasados por sus bases—. Avendaño ganó claramente las elecciones. Pero ante la evidencia del fraude electoral, se convocó a una Campaña de Resistencia Civil Pacífica. La campaña se prolongará hasta finales de 1994, ya que el 1 y el 8 de diciembre tendrían que tomar posesión el presidente electo, Ernesto Zedillo, y el gobernador priísta de Chiapas. El objetivo es denunciar los triunfos fraudulentos del PRI.

La respuesta a la Campaña de Resistencia ha sido la «represión selectiva», que no es otra cosa que secuestros, desapariciones, ejecuciones arbitrarias y la aplicación de tortura a los participantes de la campaña. Además, en Chiapas, las guardias blancas de los caciques han venido asesinando a los habitantes de las zonas indígenas. Ya desde septiembre mismo, 50.000 (cincuenta mil) efectivos militares patrullaban la región y aviones militares sobrevolaban todo Chiapas. Es un estado de guerra encubierta.

En la ciudad de México, el 1 de noviembre, los diputados del PRD y cientos de militantes de este partido se manifestaron durante la comparecencia del presidente Salinas, última de su mandato. Y fueron duramente reprimidos por las fuerzas antidisturbios.

En Chiapas, a principios de noviembre, los indígenas zapatistas decidieron proclamar el autogobierno en 58 de los 111 municipios del estado. No quieren saber más del PRI ni del gobierno central. Por todo el país, cada ejecución arbitraria tiene eco en cientos de mexicanos que ven crecer su rabia. Y, tras la fachada del PRI, los secretos retardatarios todavía podrían asesinar a otro miembro más del grupo de Salinas, en sus intentos de lograr posiciones institucionales y, como decíamos, la solución militar al descontento popular.

Todo esto ante el silencio de los más importantes medios masivos de información, que cubran tan sólo una mínima parte de la problemática y nunca informan en relación con los movimientos populares.

En México, todo habla de prolegómenos. Amenaza una guerra civil que se extenderá por todo el país, porque es probable que haya más levantamientos como el de los indígenas chiapanecos.

Sin embargo, la verdadera esperanza de un cambio radical del sistema mexicano, la verdadera solución, deberá llegar por otro camino: el de la movilización pacífica, democrática, transformadora de la sociedad civil. El propio comandante del EZLN, Marcos, lo ha expresado así: «Actualmente, la sociedad civil es la única con autoridad moral para encabezar un cambio en el país y garantizar el tránsito a la democracia. Lo primero es que se dé cuenta de que puede hacerlo, que no necesita un caudillo o alguien carismático. Que no necesita un pasamontañas para encontrarse con su destino».